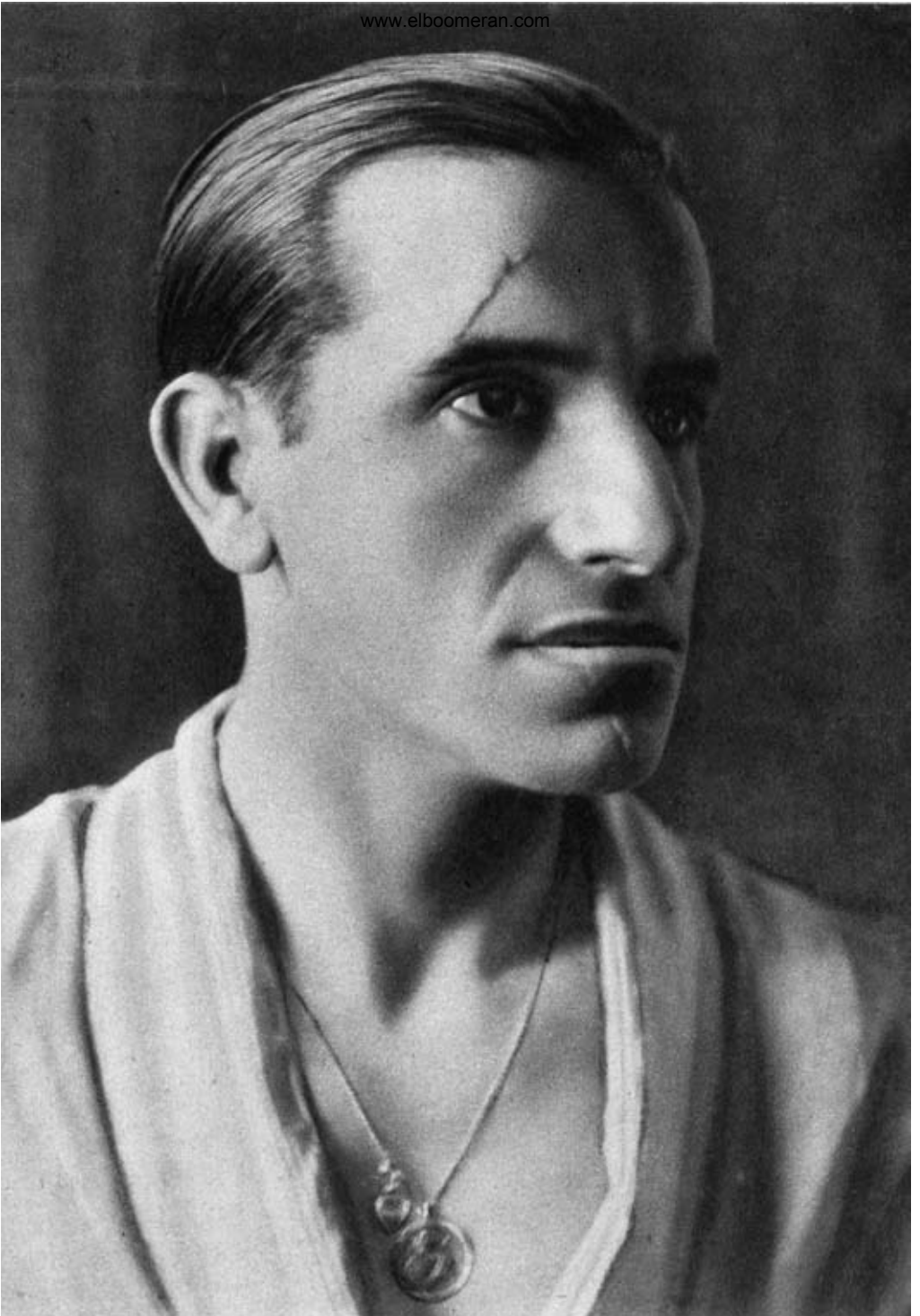


JUAN BELMONTE, MATADOR DE TOROS
SU VIDA Y SUS HAZAÑAS



MANUEL CHAVES NOGALES

JUAN BELMONTE
MATADOR DE TOROS
SU VIDA Y SUS HAZAÑAS



Prólogo de ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO

Ilustraciones de

MARTÍNEZ DE LEÓN y SALVADOR BARTOLOZZI





© Herederos de Manuel Chaves Nogales

© Ilustraciones: Herederos de Andrés Martínez de León y Salvador Bartolozzi

© Prólogo: Alberto González Troyano

© 2013, Editorial Renacimiento

www.editorialrenacimiento.com

POLÍGONO NAVE EXPO, 17 • 41907 VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (SEVILLA)

TEL.: (+34) 95 599 82 32 • editorial@editorialrenacimiento.com

TIPÓGRAFO: Alfonso Meléndez

ISBN: 978-84-8472-826-9 • DEPÓSITO LEGAL: SE-2254-2013

Impreso en España • Printed in Spain

Í N D I C E

PRÓLOGO, por Alberto González Troyano	13
I. UN NIÑO EN UNA CALLE DE SEVILLA	25
EL NIÑO DEL QUINCALLERO	27
«CUATRO CABALLOS LLEVABA EL COCHE DEL <i>ESPARTERO</i> »	30
LAS MONJAS DE SANTA CLARA	33
LAS SIRENAS DE LA ALAMEDA	34
ALIMAÑAS CAUTIVAS	35
CUANDO SE ME MURIÓ MI MADRE	36
II. LOS CAZADORES DE LEONES	
LAS MANOS Y LOS OJOS DE LAS ALGABEÑAS	39
EL NIÑO EN EL CAFÉ	42
NIETOS DE «RINCONETE» Y «CORTADILLO»	45
EN EL MUNDO DE LA FANTASÍA	46
LOS PIRATAS DEL GUADALQUIVIR	48
MALAS COSTUMBRES DE LOS CUERVOS	51
III. TÚ SERÁS PAPA	53
<i>VAE VICTIS</i>	55
«TÚ SERÁS PAPA»	56
LA LECCIÓN DE INGLÉS	59
MI PADRE TENÍA UNA VARA DE MEDIR	60
LA VOCACIÓN	61
MI PRIMERA FAENA	64
LA BESTIA NEGRA	66
IV. ANARQUÍA Y JERARQUÍA	69
EL RESPETO A LAS JERARQUÍAS	71
LA ATRACCIÓN DEL PELIGRO	75
EN CARNE VIVA	80
V. LA GESTA DE TABLADA	83
PARAR	87
GENTE RARA	88
TENACIDAD	90
NO HABÍA LLEGADO MI HORA	92

VI. <i>CUANDO PEDÍA LIMOSNA POR LOS CAMINOS</i>	
<i>MALANGE SEVILLANO</i>	99
DON LUIS VERRACO	102
«LA PANTASMA»	103
EL OMBLIGO DEL MUNDO	105
CUANDO PEDÍA LIMOSNA POR LOS CAMINOS	107
QUINCE CÉNTIMOS POR TOREAR Y VEINTITRÉS REALES	
POR HACER EL «DON TANCREDO»	108
AVENTURA GALANTE	110
VII. <i>BANDERILLAS A «PORTA GAYOLA»</i>	113
MI MAESTRO CALDERÓN	115
ANTE EL TRIBUNAL EXAMINADOR	116
«ESE MUCHACHO, <i>ER DER MONTE</i> »	119
MI PRIMERA CONTRATA	120
A LA VENTURA	122
SEVILLA Y TRIANA FRENTE A FRENTE	124
LO IMPORTANTE ES TOREAR	125
VIII. « <i>¡PERO SI YO NO TENGO MIEDO!</i> »	127
«ARENAL DE SEVILLA, TORRE DEL ORO»	128
MI PRIMERA ESTOCADA	130
«ALLÁ POR <i>SEÑÁ SANTA ANA</i> »	132
EL DESASTRE DE GUAREÑA	134
IX. <i>EL AMOR Y LOS CABESTROS</i>	143
TORERITO VALIENTE	144
EL AMOR Y LOS TOROS	146
«¡MÁTAME, ASESINO; MÁTAME!»	148
PERO EL AMOR TRIUNFA	150
CUANDO FUI JORNALERO EN LA CORTA	153
X. <i>¡VIVA BELMONTE!</i>	157
LA CARA DE ORO DE AQUELLA VALENCIANITA	162
EL DIAMANTE EN BRUTO	164
EL TRIUNFO	167
XI. <i>HALAGO Y TORMENTO DE LA POPULARIDAD</i>	173
EL MITO DE JUAN BELMONTE	176

EN EL MUNDO HAY MÁS	182
LA ENTRADA EN MADRID	185
XII. «NO TE FALTA MÁS QUE MORIR EN LA PLAZA»	189
EL TOREO, EJERCICIO ESPIRITUAL	192
SE LE ACABA LA CUERDA AL MUÑECO	195
MADRID PINTORESCO	197
MIS AMIGOS LOS INTELECTUALES	199
«DENTRO DE DOS HORAS ES DE NOCHE»	202
XIII. <i>EN MÉJICO TODOS ESTÁN LOCOS</i>	205
NUEVA YORK	208
LA HABANA, ENTONCES	210
UN TORERO EN MÉJICO	211
EL MUNDO ES MÍO	212
UN BRILLANTE GRANDE, GRANDE	213
PURA FLAMENQUERÍA	215
XIV. <i>CÓMO SE ENAMORAN</i>	
<i>DE LOS TOREROS LAS MUJERES</i>	221
LA QUE SE ENAMORÓ DE BELMONTE	222
Y CÓMO SE ENAMORAN DE LAS MUJERES LOS TOREROS	226
VIRTUD DE LA COMPETENCIA	228
EL ENCANTO DE MÉJICO	229
COLOR LOCAL	231
¡SACRILEGIO! ¡SACRILEGIO!	232
XV. <i>SUPERSTICIONES TAURINAS</i>	235
GALLISTAS Y BELMONTISTAS	236
EL AZAR Y LA CONSCIENCIA	239
SUPERSTICIONES MENORES	243
LOS AGÜEROS DE JUAN MANUEL	245
CIENTO CINCUENTA Y NUEVE TOROS	247
VIDA PRIVADA	248
XVI. <i>EL MIEDO DEL TORERO MÁS VALIENTE</i>	253
LOS TRIUNFOS	260
LA VIDA DEL TORERO	260

XVII. <i>LA MEJOR TARDE DE MI VIDA TORERA</i>	267
¿ME HABRÉ VUELTO LOCO?	268
MAL TORERO	270
«¡NOS ESTÁS DEJANDO EN RIDÍCULO!»	273
A EMPEZAR DE NUEVO	274
«¿ES QUE YA NO SOY NADIE?»	274
UN TERCIO DE QUITES	275
LA MEJOR FAENA DE MI VIDA	277
«EL AÑO DE BELMONTE»	278
TITIRITERO FRACASADO	279
UN HOMBRE EXTRAORDINARIO	280
XVIII. <i>QUINCE TOREROS RODANDO POR EL MUNDO</i>	283
NUESTRO TÍO, EL CAPITÁN	284
UN BUEN NEGOCIO	286
LA NAVE DE LOS LOCOS	288
LIMA, CIUDAD ANDALUZA	289
LA MACHACUITA	291
EL AMOR Y EL ARTE	293
CÓMO CONQUISTÉ A MI MUJER	294
XIX. <i>CON JUAN VICENTE GÓMEZ EN VENEZUELA</i>	297
LOS ANTÍPODAS SON LOS DE TRIANA	298
«¡AY MI <i>PABILO!</i> »	299
LA TRISTEZA DE LOS ANDALUCES	301
UN DICTADOR GANADERO	302
EL CARIÑO DEL GENERAL	305
«AQUELLA VIEJA QUE ME PERSEGUÍA EN CUBA»	306
A VOLAR POR EL MUNDO	308
XX. «... Y COMO NI A JOSELITO <i>NI A MÍ NOS MATABA UN TORO...</i> »	311
«¡VALIENTE SARDINA SE HA TRAÍDO JUAN!»	312
LAS CUENTAS DE UN TORERO	314
SERVIDUMBRE Y CLIENTELA	315
EL SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD	318
«... Y COMO NI A JOSELITO NI A MÍ NOS MATABA UN TORO...»	321

XXI. <i>JOSELITO</i>	325
«A JOSELITO LE HA MATADO UN TORO»	327
LA CONCIENCIA DE LA MUCHEDUMBRE	329
«NUNCA HE PENSADO EN DEJAR DE SER TORERO»	330
«CUANDO PEOR TORERO HE SIDO»	331
NAVEGACIÓN POR EL PACÍFICO	332
AQUEL ESPAÑOL QUE TENÍA CARA DE TONTO	336
EL TORERO Y EL AMBIENTE	337
XXII. <i>UN CORTIJO CON PARRALES</i>	339
CÓMO ME HICE GANADERO	342
AQUEL ESPAÑOL DE CUBA	344
EL HUMORISTA Y EL NEGRO LITERATO	346
UNA GRAN TEMPORADA	348
HOMBRE AGOTADO	348
XXIII. <i>MI TALISMÁN</i>	353
PÚBLICO DE TOROS	357
EL MAYOR ESFUERZO	359
EL TALISMÁN PIERDE SU VIRTUD	361
JERARQUÍAS	363
EL MIEDO A SER FELIZ	365
XXIV. <i>EL TORERO Y EL AMBIENTE</i>	367
EL TORERO Y LA REPÚBLICA	368
PÁNICO EN EL CAMPO	371
LA VUELTA A LOS TOROS	373
UNA AVENTURA EN PARÍS	375
OTRA VEZ EN LA LUCHA	377
EL DINERO DEL TORERO	378
XXV. <i>UNA TEORÍA DEL TOREO</i> (EPÍLOGO)	383
LA TÉCNICA DEL TOREO CAMPERO	385
LA DECADENCIA DEL TOREO	389
EL TORO DE LIDIA	390
PORVENIR DE LA LIDIA	394
«YO HE NACIDO ESTA MAÑANA»	395



P R Ó L O G O

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO

EN pocas otras ocasiones la celebridad de un personaje ha crecido tanto a causa de la fuerza expresiva y fabuladora contenida en las páginas de un libro. Un libro –*Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas*– que de nuevo, una y otra vez, vuelve a publicarse, casi ochenta años después de su primera edición. Por tanto, quizás sea buen momento para preguntarse en qué se basa el *poder* literario que continua irradiando este reportaje biográfico. Pudo pensarse, al ser publicado, por entregas en la prensa, en 1935, que el motivo de su excelente acogida inicial residía en la singularidad del protagonista. Juan Belmonte, en efecto, encerraba suficientes luces y sombras, méritos y misterios, para avivar la curiosidad de los muchos seguidores que la tauromaquia tenía por entonces en España. La admiración despertada por un torero triunfador no solía limitarse, por aquellos años, a las plazas de toros. Ese interés repercutía también en la lectura de periódicos, revistas y libros, porque el toreo llenaba amplios espacios sociales. El aficionado quería saber más sobre el héroe aplaudido con tanto entusiasmo en los ruedos y, al reclamo de ese público apasionado, muchos críticos, reviseros y escritores se lanzaron a componer reportajes y biografías, dedicadas a dar cuenta de las *hazañas* de las más renombradas figuras del día. Se trataba de un hábito frecuente y normal: el torero consagrado era el mayor foco de atención popular, sin que apenas se percibiera todavía otro tipo de semidiós que pudiese sustituirlo en tal pedestal.

El planteamiento de esta obra respondió, en principio, a las características de un reportaje periodístico, que tenía como base una larga serie de entrevistas y conversaciones. Pero, por otro lado, también mostraba los rasgos formales de unas memorias (la mayor parte de las páginas estaban escritas en primera persona, simulando la voz misma de Belmonte). Todo esto da a entender que el periodista había buscado obscurecerse deliberadamente para que el diestro sevillano ocupase no solo el primer plano de lo que acontecía en el relato, sino que también apareciera como el único inductor del discurso narrativo. Tal vez, el repórter de la revista *Estampa*, Manuel Chaves Nogales, recurrió a esta modesta táctica periodística: aparentar que se trataba de una confesión elaborada espontáneamente por el propio personaje retratado. Le concedió de esta manera un buen sitio literario a Belmonte, ya que, además de fuente de las vivencias, ejercía también de expositor verbal de las mismas, sin apenas dejar traslucir intervención ajena. Quizás en la buena aplicación de este recurso técnico estuvo la clave de la lograda verosimilitud que transmitía el reportaje.

Manuel Chaves Nogales quiso y supo, pues, eclipsarse, dándole al diestro el protagonismo público que su celebridad taurina y los posibles lectores reclamaban. El resultado fue la recopilación de una serie de pasajes de la vida de Belmonte que parecían no solo evocados sino dictados y escritos por él mismo. Chaves Nogales ya era por entonces un notable y apreciado periodista que en sus trabajos de más largo aliento —como *La Ciudad* (1921), *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos* (1924), *La vuelta a Europa en Avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (1929), *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (1931) y *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (1934)— había mostrado un gusto y un olfato muy selectivo. No le motivaba cualquier acontecimiento o personaje que relumbrara fortuitamente. Sus afinidades electivas a la hora de escribir delataban a un escritor de criterio culturalmente tan exigente como po-

líticamente crítico. Su tendencia ideológica, liberal y reformista, le aproximaba al entorno de figuras como Ortega y Gasset y Manuel Azaña, y sus simpatías políticas coincidían con las del partido de este último.

Ese mismo espíritu crítico, preocupado por modernizar el país, le alejó de los ambientes castizos del flamenquismo tradicional. Y, consecuentemente, el mundo taurino no le atrajo nunca y es poco probable que alguna vez asistiera a una corrida de toros. No obstante, captó pronto que tras la personalidad de Juan Belmonte había alguien que desbordaba el ámbito del toreo y, por ello, el relato de sus años de aprendizaje, la exposición de sus dificultades y conflictos para situarse en su profesión y sus logros posteriores, servían ejemplarmente para dar cuenta de la situación social española de los años treinta.

El éxito del reportaje se hizo evidente, primero, a través de las entregas que, en forma de capítulos, relativamente autónomos, fueron apareciendo desde el 29 de junio de 1935 hasta el 14 de diciembre de ese mismo año, en la revista madrileña *La Estampa*; y, después, con su inmediata recogida en formato ya de libro. Pero dado el pudoroso recato de Chaves Nogales respecto a su función en las páginas publicadas (llegó a decir en un homenaje que se le rindió, al finalizar la publicación, que su deseo era que persistiese el recuerdo de la vida de Belmonte, pero que comprendía que su nombre, ahora unido al suyo, se perdería pronto); y, dado, además, que la revista, presentaba el texto como «las memorias» de Juan Belmonte, recayó en este último todo el peso y el valor de la autoría de la obra. Esta interpretación se vio, por otra parte, refrendada por la escasa o nula familiaridad del periodista Chaves Nogales con los ambientes taurinos, del que no cabía esperar, al ser conocido su distanciamiento crítico, que se adentrase, con ánimo de escribir, en la vida de un torero. Confirmaba aún más esta versión —del Belmonte ejecutor fáctico de sus memorias— la predilección que éste mostraba desde hacía muchos años por los círculos intelectuales y de artistas, y su continuada presencia en los mismos. Lo cual podía

haberle empujado a correr el riesgo –uno más en su vida– de ejercer él mismo de literato, con el apoyo *menor* de un periodista, siguiendo así la tradición de tantos toreros –Pepe Illo, Francisco Montes, Mazzantini, Guerrita– que habían recurrido a una pluma ajena y mercenaria para dar cuenta de sus experiencias taurinas.

El transcurso de la Guerra Civil y la implantación de la dictadura franquista imposibilitó la normal difusión del libro. Y el exilio sufrido desde entonces por Chaves Nogales alejó casi por completo de España el recuerdo de su importante labor periodística y literaria. Como tantos otros republicanos desterrados, hubo de abrirse camino en otros países de Europa y, en su país, su nombre y su obra sufrieron el habitual silencio y estigma impuesto por los vencedores. Solo en el exterior, se prestó cierta atención a *Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas* y fue reeditado en Santiago de Chile en 1938, Nueva York, en 1939, y en México, en 1944. Asimismo se tradujo y publicó en inglés en Toronto, en 1937, en Nueva York, en 1937, Londres, en 1937, y de nuevo en Nueva York, en 1953.

Cuando transcurridos treinta y cuatro años, la obra volvió a reeditarse en España, de Chaves Nogales apenas perduraba recuerdo alguno: la exclusión y el olvido habían realizado su negativa labor. En la colección de bolsillo de Alianza Editorial en la que tuvo acogida, fue promocionado como un libro en el que se daba «forma autobiográfica a los recuerdos del genial trianero», y su primer público fue casi exclusivamente taurino. El prestigio y el misterio del diestro aún perduraban, e incluso su reciente suicidio había incrementado el interés por una personalidad que no se agotaba, como tantos otros toreros, en el campo exclusivamente de sus logros como lidiador en los ruedos. Por fortuna, las entrañables y atinadas páginas que Josefina Carabias dedicó a Chaves Nogales en aquella edición, supusieron, pues, la digna recuperación de un nombre tantos años postergado. Pero esas páginas figuraron como epílogo, una forma simbólica de mostrar que su

rescate se realizaba aún con una cierta prudencia, y, como era previsible, la mayor extensión de ese bello epílogo estaba dedicada a glosar la nueva imagen patriarcal del Belmonte retirado, tertuliano, labrador y ganadero, intentando de esa forma darle una cierta continuidad a lo escrito por Chaves Nogales en 1935.

Curiosamente, en la entrevista realizada a Belmonte por la autora y que publicó dentro de dicho epílogo, el torero se muestra, una vez más, cauto al dar su opinión sobre el libro y sobre su cometido personal, más o menos activo, a la hora de organizarlo y escribirlo. Resulta a este respecto desconcertante que Belmonte siempre, desde 1935 hasta su muerte, se mostrase reacio a hablar sobre un libro que tanto había servido para exaltar su imagen taurina y no taurina: ¿Su silencio escondía modestia, orgullo, distancia o una cierta autocomplacencia, que prefería no exteriorizar? ¿Sentía celos del hombre que había contribuido con su pluma a otorgarle un reconocimiento público aún mayor del que gozaba antes el torero?

Algunas biografías de Belmonte han aireado que el diestro confesaba, en la intimidad, que el libro era obra casi exclusiva del periodista, que ya llevaba bien planeado lo que iba a escribir antes de entrevistarle, y que él, por tanto, no se reconocía en las páginas publicadas. Estas opiniones deben ser siempre acogidas con reserva, ya que muchos biógrafos del torero de Triana, ante el peso y la sombra del libro de Chaves Nogales, han cultivado un cierto resentimiento, y, a veces también, una manifiesta animadversión hacia quien había escogido el exilio y la defensa de sus ideas liberales y republicanas. De todos modos, no deja de ser algo extraño que Belmonte, aunque fuese un hombre parco en palabras, al publicarse, primero el reportaje y después el libro, solo se permitiera aludir a una obra que él protagonizaba, con monosílabos o con calificativos poco esclarecedores. No hubo objeción ni rechazo, pero tampoco transmitió nunca la sensación de identificarse con ella. Cuando menos, en las entrevistas conocidas, no la trataba como una

producción en la que de alguna manera hubiera participado y con la que se sintiese en parte comprometido. Cuestión esta nada fácil de comprender y más difícil aún de interpretar.

La edición de bolsillo en Alianza, abrió, pues, otros horizontes para la difusión y valoración del libro. Aquella edición de 1969, fue seguida de otras reimpressiones en 1988, 1991, 1995, 1998 y otras posteriores. Poco a poco, junto al aficionado curioso por conocer la vida del famoso diestro, fueron acercándose otros lectores distintos, poco o nada predispuestos a concederle mérito cultural o literario al mundo de la tauromaquia. Sin embargo, el libro fascinó incluso a los poco adictos a los ambientes de la torería, que tuvieron que admitir el aura literaria que la obra transmitía. ¿Dónde estaba la causa, a qué se debía que un libro sobre un torero despertase fervor en aquellos mismos que habían visto siempre despectivamente las fiestas de toros? De la situación creada por esta paradoja, pudo surgir la necesidad de preguntarse, con mayor interés, por el papel desempeñado por aquel periodista de *La Estampa* que acompañó y estimuló a Belmonte durante la redacción del relato. ¿Fue un mero transcriptor directo de las palabras del torero o su función fue la decisiva a la hora de reelaborar y organizar el material que el diestro de una forma un tanto primaria contaba?

Estos interrogantes solo podían ser contestados recuperando la restante obra perdida de Chaves Nogales: la escrita antes de la Guerra Civil y la que fue publicando posteriormente hasta su temprana muerte en Londres en 1944. Desde coordenadas diversas fue surgiendo un nuevo afán por *redescubrir* y dar a conocer al autor y sus restantes reportajes, muchos de ellos inéditos en España. En esta labor se empeñaron inicialmente María Isabel Cintas Guillén, preparando una amplia recopilación de títulos para la colección Clásicos Andaluces, de la Diputación de Sevilla, y otros editores, como Renacimiento y Asteroide, que han ido poniendo ya al alcance de los lectores los libros más significativos. Pero junto a esta tarea difusora de los textos, un buen

número de avaladores –Andrés Trapiello, Félix de Azúa, Felipe Benítez Reyes, Arcadi Espada, entre otros– apostaron por elevar a Chaves Nogales a la consideración literaria y periodística merecida por el valor de sus escritos, pero también con sus justificados elogios han facilitado una muestra de compensación y justicia intelectual hacia quien se había visto obligado a exilarse para mantenerse digno de su ideario político.

Y, en efecto, ha sido tanto el afán de sus apologistas y la confirmación de esta valía por parte de los lectores que, posiblemente, el amplio rescate literario de Chaves Nogales se ha convertido en una de las más justas reparaciones culturales de las dos o tres últimas décadas. Y se saca a relucir aquí, en estas páginas, porque dicho fenómeno, repercute en la estimación que en estos momentos debe prestársele al título que ahora, de nuevo, se reedita. Se ha producido, en los últimos años, no puede negarse, un corrimiento de afectos. En 1935, incluso en 1969, al publicarse aquellas ediciones de *Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas*, el péndulo del interés del libro y su comercialización se desplazaron de una manera determinante hacia el personaje biografiado. Tanto en una ocasión como en otra, aunque por distintos motivos, el periodista autor del reportaje se apagaba deliberadamente ante el torero. Pero transcurrido este medio siglo, se ha producido un manifiesto desplazamiento. El modesto deseo y la profecía anunciada por Chaves Nogales, en 1935, en el homenaje que le tributaron al finalizar la publicación, no solo no se ha cumplido sino que se ha invertido. Posiblemente hoy son más los lectores que acuden a disfrutar de este libro por ser un reportaje de Chaves Nogales que por ser una obra sobre la *vida y hazañas* de Juan Belmonte. Un desplazamiento que tiene tanto causas sociales como literarias.

En los últimos años, sobre el mundo de los toros se ha proyectado una desafección clara por parte de los sectores españoles más cultos. Los nuevos «semidioses del toreo» copan las portadas de las revistas populares del corazón, pero sus vidas difícilmente podrían servir de

pauta para un escritor y un lector exigente. En cuanto a Belmonte, con todo lo que fue su valía y su dignidad profesional ya es solo un recuerdo para algunos centenares de aficionados nostálgicos que, por fortuna, aún perduran, aunque, entre ellos, cada vez sean menos los que leen libros de toros.

Quizás parezca un tanto drástico y atrevido decirlo: pero podría pensarse que, hoy día, al haber cambiado las afinidades de una gran mayoría de lectores, es Chaves Nogales el que esté redimiendo a Belmonte de la semioscuridad en la que yace su memoria. Una redención, por otra parte, justa y necesaria porque Juan Belmonte, como personaje literario, merece ser rescatado, incluso tal vez sea uno de los matadores de toros que más lo merezcan. Se trata de una redención debida, causada, *gracias* –conviene acentuarlo– al *poder* de la literatura. Algo que ahora se ha hecho más evidente, pero que ya antes, en 1935, también era así, pero costaba más aceptarlo. Entendiendo por *poder* de la literatura la capacidad que tiene la fuerza expresiva y fabuladora de un literato –como era Chaves Nogales– para convertir en obra maestra lo que previamente solo era una interesante materia prima. No eligió Belmonte a Chaves Nogales, fue este último el que se dio cuenta del potencial que la vida, las ideas y el comportamiento del torero sevillano escondían no solo para el periodismo semanal sino también para la gran literatura. Por eso, si realmente Belmonte dijo que Chaves ya tenía planificado el reportaje en su cabeza antes de iniciar sus conversaciones, tal vez estaba en lo cierto. Dada su excelente y bien compuesta dimensión narrativa, este no fue un libro espontáneo e improvisado, como pudieron serlo en mayor medida otros reportajes de Chaves Nogales, en los que los acontecimientos se van acumulando y precipitando sin un hilo tan trabado como en la biografía belmontina.

Si en los otros reportajes del autor el riesgo, las situaciones comprometidas, los territorios conflictivos, los personajes en tránsito, eran

siempre componentes exigidos para disponerse a escribir sobre ellos, ese mismo reto también persiste en este caso. ¿Cómo alguien con un tácito distanciamiento crítico de las fiestas de toros, pudo desenvolverse con tal naturalidad expresiva en ambiente tan cerrado y peculiar en usos, normas y jerga? Para conseguirlo, el reportero debió someterse a un buen aprendizaje, pero pensó que una biografía de Belmonte valía la pena. Y, también pudo pensar que, por una vez, merecía la pena que alguien, con su perspectiva crítica, se acercase y hablara de la fiesta de toros *por dentro*, sobre todo si el hilo conductor lo facilitaba un personaje como el diestro de Triana, con una trayectoria tan cargada de disonancias, heterodoxias y singularidades, pero que, pese a ello, había conseguido situarse como un consagrado semidiós.

De no haberse mostrado disponible una personalidad como la de Belmonte, difícilmente Chaves hubiese decidido dar tales pasos literarios. Toreros tan celebrados como Bombita, Guerrita o Joselito nunca hubieran podido ser personajes apropiados para el reportero, porque todos ellos eran toreros —como ellos mismos decían— las veinticuatro horas del día: solo eran toreros, vestían siempre de corto, sólo hablaban de toros y solo se reunían con la gente del toro. Este tipo de hombres *unidimensionales* se agotaban pronto para el periodista, no solo para una simple entrevista, también para cualquier otro envite literario más ambicioso. En cambio Juan Belmonte, más allá de su valía tauquina, encarnaba otro tipo de héroe, lleno de dudas, de conflictos y contradicciones. Era el hombre nuevo, reflexivo y ansioso de nuevas emociones, al que la tauromaquia nunca podía ya colmar del toro. Por eso su búsqueda de otros ambientes, como el de intelectuales y artistas, debe interpretarse como una señal de su agotamiento ante una apuesta profesional que ya empezaba a resultarle insuficiente. Y Chaves captó que ese cambio que anunciaba el torero de Triana, no era solo una inclinación personal, adelantaba una tendencia que acabaría imponiéndose.

Por tanto, la motivación y la complicidad que Chaves encontró en este diestro, le permitió reagrupar todos los componentes literarios a los que era adicto, pero además pudo adentrarse en una parte de la vida sevillana que había quedado ausente en su libro anterior sobre *la ciudad*. Además, eran unos momentos, los años esperanzados de la República, en los que Sevilla y su entorno estaban a punto de llevar a cabo una visible transformación urbana y social: situación que reunía el mejor incitante para sus reportajes. Tan alejados, por otra parte, del periodismo de foto fija y de la literatura parasitaria y estática que tanto se cultivaba en los medios conservadores del país.

A este respecto, para comprobar lo que significa el *poder* de la buena literatura, basta leer las primeras páginas del libro, dedicadas a la calle Ancha de Feria, aquella en la que se asomó a la vida el Belmonte niño, o el capítulo «Anarquía y jerarquía». El *literato* Chaves con su fuerza expresiva y su perspicaz sentido del momento histórico que vivía, en lugar de la habitual estampa costumbrista color sepia, describe, a través de una dinámica superposición de imágenes, como la ciudad tradicional se despereza, lucha, se ilusiona y titubea, dando entrada a una conflictiva modernización que, finalmente, quedaría paralizada por la guerra.

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO

★ MANUEL CHAVES NOGALES ★
**JUAN BELMONTE, MATADOR
DE TOROS; SU VIDA Y SUS HAZAÑAS**





I

*UN NIÑO EN UNA
CALLE DE SEVILLA*

JUAN es un niño atónito, que cuando asoma por las tardes al portal de su casa con el babadero recosido y limpio, llevando en las manecitas la onza de chocolate y el canto de pan moreno que le han dado para merendar y contempla el abigarrado aspecto de la calle desde la penumbra del

zaguán, se siente sobrecogido por el espectáculo del mundo y se queda allí un momento asustado, sin decidirse a saltar al arroyo. Cuando, al fin, se lanza a la aventura de la calle, lo hace tímidamente, pegándose a las paredes, con la cabeza gacha, la mirada al sesgo, callado, paradito, atónito.

Juan es muy poquita cosa, y la calle, en cambio, es demasiado grande, tumultuosa y varia. Es una calle tan grande y tan varia como el mundo. Juan no lo sabe, pero la verdad es que lo que él quisiera, callejear libremente, ser amo de la calle, es tan difícil como ser amo del mundo. Los niños que no se asustan en una calle como aquella y a fuerza de heroísmo la dominan, podrán dominar el mundo cualquier día. En todo el mundo no hay más de lo que hay en aquella calle de Juan;

ni más confusión ni peores enemigos, ni peligros más ciertos.

Vive Juan en una casa de la calle Ancha de la Feria —la casa señalada con el número 72—, en la que ha nacido. Nacer en la calle Ancha



La calle de la Feria en 1892, cuando nació Belmonte, y en los años treinta

de la Feria y encararse con la humanidad que hierve en ella apenas se ha cansado uno de andar a gatas y se ha levantado de manos para afrontar la vida a pecho descubierto es una empresa heroica, que imprime carácter y tiene una importancia extraordinaria para el resto de la vida, porque súbitamente la calle ha dado al neófito una síntesis perfecta del Universo. Los sevillanos, que son muy vanidosos, advierten la importancia que tiene esto de haber nacido en la calle Ancha de la Feria y lo exaltan. Es algo tan decisivo como debió serlo el nacer en el Ática o entre los bárbaros. Lo que no saben los sevillanos –y si se les dijese no lo creerían– es que tan importante como haber nacido en la calle Ancha de la Feria es nacer en cualquiera de las quince o veinte calles semejantes –no son más– que hay por el mundo. Calles así las hay en París, en los alrededores de Les Halles, en cuatro o cinco ciudades de Italia, sobre todo en Italia, y aun en Moscú, allá por el mercado de Smolensk. Hasta quince o veinte en el vasto mundo. Aunque los sevillanos no quieran creerlo.

Estas calles privilegiadas son el ambiente propicio para la formación de la personalidad, el clima adecuado para la producción del hombre, tal como el hombre debe ser. Son esas calles que milagrosamente llevan varios siglos de vida intensa, sin que el volumen de su pasado las haya envejecido; son viejas y no lo parecen; sin que se les haya olvidado nada, viven una vida actual febril y auténtica, vibrando con la inquietud de todas las horas; en cada generación se renuevan de manera insensible y naturalísima: a las tapias del convento suceden los paredones de la fábrica, el talabartero deja su hueco al *stockista* de Ford o Citroën, en el corralón de las viejas posadas ponen cinematógrafos y por la calzada donde antes saltaban las carretelas zigzaguean los taxímetros. Esta evolución constante les da una apariencia caótica por el choque perenne de los anacronismos y los contrasentidos. Ya ha surgido el gran edificio de las pañerías inglesas, y aún hay al lado un ropavejero; todavía no se ha ido el memorialista y ya está allí empujándole a morirse la cabina del teléfono público; junto a la Hermandad del Santísimo Cristo de las Llagas está el local del sindicato marxista; aún no se ha arruinado del

todo el señorito terrateniente y ya quieren comprarle la casa para edificar la sucursal de un banco; los quincalleros, con sus puestecillos ambulantes, disputan la calzada a los raíles del tranvía; los carros de los entradores del mercado llevan a su paso moroso a los automóviles que vienen detrás bocineándoles inútilmente; los pajariteros tapan las bocacalles con sus murallas de jaulas; tapizan las aceras los vendedores de estampas y librerías de viejo; los taberneros sacan a la calle sus veladores de mármol y sus sillas de tijera; en las esquinas hay grupos de campesinos y albañiles sin trabajo que toman desesperadamente el sol, y mocitos gandules y achulados que beben vasos de café y copitas de aguardiente; los chicos se pegan y apedrean en bandadas, gruñen las viejas, presumen las mozuelas, discuten las comadres, los perros merodean a la puerta de las carnicerías y el agua sucia y maloliente corre en regatos por el arroyo. Todo está allí vivo, palpitante, naciendo y muriendo simultáneamente. Y así, en Sevilla como en París y en Nápoles y en Moscú.

La calle es una buena síntesis del mundo. Lo que intuitivamente aprende el niño que se ha criado en su ámbito tumultuoso tardarán mucho tiempo en aprenderlo los niños que esperan a ser mayores en la desolación de los arrabales recientes o en el fondo de los viejos parques solitarios. Los niños que nacen en estas calles se equivocan poco, adquieren pronto un concepto bastante exacto del mundo, valoran bien las cosas, son cautos y audaces. No fracasarán.

EL NIÑO DEL QUINCALLERO

Pero de momento, ¡cuánto sobresalto y cuánta angustia! El niño del quincallero, que es un niño endeblito y guapo, uno de esos niños decentes que viven esclavos de que no se les caigan los calcetines y de que no se les ensucie demasiado el trajecito, cuando se lanza a la aventura heroica de la calle lleva cuajada en los ojos una mirada atónita. ¿Por dónde me vendrá el golpe? —se pregunta asustado—. ¿Qué carro me salpicará de fango al pasar? ¿Qué golfillo desesperado querrá guerra con-

migo? ¿De qué lado vendrá la pedrada que hiere o la pella de barro que humilla? ¿Qué perro malhumorado tirará su dentellada a mis pantorrillas? ¿Qué chalán receloso me sentará la dura mano? Juan teme todo esto y mucho más; teme al mundo hostil que le amenaza y al mismo tiempo le atrae.

Una vez a la semana, los jueves, se fragua en medio de la calle un pintoresco mercadillo, un auténtico zoco marroquí, al que acuden los baratilleros de toda Sevilla, los ropavejeros, traperos y botelleros, los que compran y venden papel, libros, loza y hierros viejos; vienen también los piñoneros serranos y los hortelanos de la vega con sus nísperos y sus alcauciles. En el Jueves se venden además garbanzos tostados, pipas de girasol, avellanas verdes, palmitos, cigarrillos de cacao y unos peces y unos gallos de caramelo rojo maravillosos. El jueves es el gran día de la

calle y de Juan. Irse a merodear alrededor de los puestecillos es la ilusión de la chiquillería. Todos los granujas del barrio andan escurriéndose como anguilas entre la muchedumbre de chalanes y compradores. Juan se escapa cuando puede y se junta con ellos gozoso y un poco atemorizado.

El abuelo de Juan tiene en la calle Ancha de la Feria una tiendecita de quinacalla, que, andando el tiempo, será de su padre y de su tío. Es un negociejo humilde y saneado, que permite vivir con cierta holgura. La madre de Juan, con su orgullo de menestrala acomodada, cuando le fregotea la cara y las orejas y le coloca bien estiradas, por encima de la rodilla, las medias

negras de lana, advierte con cierta vanidad a su hijo:

—No te juntes, Juan, con esos granujas de la calle. No aprenderás nada bueno.



«... se fragua en medio de la calle un pintoresco mercadillo, un auténtico zoco marroquí...»



La Alameda de Hércules, en Sevilla



El mercado del Jueves en la calle Ancha de la Feria

Pero Juan está rabiando por aprender todo lo que saben del mundo aquellos granujas de la calle. ¡Qué más quisiera que ser como ellos!

¡Cómo los admira! ¡Con qué entusiasmo los ve organizar pedreas y merodear por los puestos para hurtar un puñadito de piñones! ¡Con qué ciega y heroica fe les sigue en sus correrías, aunque para él, menos listo, menos granuja, niño atónito y paradito, sean al final los golpes que se pierden y los obstáculos en que se tropieza! Juan vuelve de estas correrías roto, manchado, con la cabeza dolorida, el corazón batiéndole a la desesperada, los ojos encendidos por la fiebre. Cuando se le ve en la tienda de quincalla, al lado de su madre, niño limpio y decentito, nadie se imagina esta otra vida aventurera y heroica de Juan.

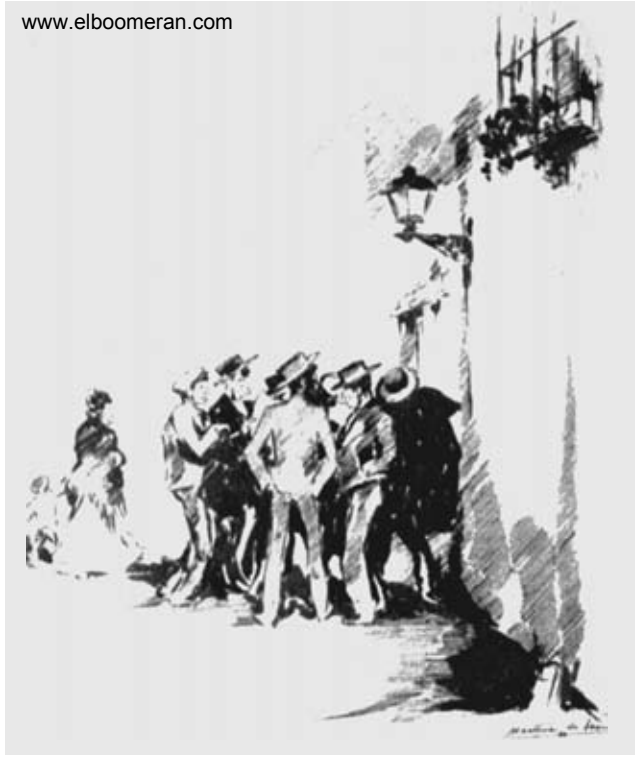
—¡Qué bueno es su niño! —dice, adúladora, una vecina a la madre de Juan.

—¡Pero si es malísimo! —protesta la madre con grandes aspavientos—. ¡No sabe nadie los disgustos que nos da esta mosquita muerta!

«CUATRO CABALLOS LLEVABA EL COCHE DEL *ESPARTERO*»

Juan cree que el primer recuerdo de su vida es la muerte del *Espartero*. Cuando esto ocurrió, Juan tenía poco más de dos años. ¿Se enteró entonces de aquel suceso o por haberlo oído contar después muchas veces cree de buena fe recordarlo? El error es frecuente; aunque existe, es verdad, una memoria precoz que nos permite acordarnos de un hecho, de un rasgo que nos hirió vivamente mucho antes del despertar normal de nuestra sensibilidad. Juan insiste en que se acuerda de la muerte del *Espartero*, y ahondando perfila netamente el recuerdo:

—Yo no sabía nada de nada. Del limbo en que vivía extraigo este recuerdo auténtico. Estoy subido en el pescante de un coche. Acaso es la primera vez que me suben a un coche, y este hecho nuevo ha sacudido mi sensibilidad, dormida aún. Alguien viene y dice: «Un toro ha matado al *Espartero*». Yo no sé entonces lo que es un toro, ni quién es el *Espartero*, ni lo que es la muerte. Pero aquellas palabras, el efecto desastroso



*«Ocho o diez hombres leen
trabajosamente un papel
debajo de un mechero de
gas... 'Un toro ha matado
al Espartero'.»*

que causan, el desconcierto que producen en torno mío y, sobre todo, el abandono, la soledad en que repentinamente me dejan, quedan grabados en mi mente para toda la vida.

No es difícil reconstruir la escena. Aquella tarde de domingo, la familia de Juan ha alquilado un coche para dar un paseo por las ventas de los alrededores. Al niño le suben al pescante, junto al cochero. «Mira, Juan, mira el caballito», le dicen para excitar su atención. «¡Arre, caballito, arre!». El niño está contento y palmorea de júbilo. Va cayendo lentamente aquella tarde serena y gozosa de domingo. Vuelve el coche despacito a la calle de la Feria, y el niño va todavía en el pescante contemplando el panorama del mundo con sus ojos azules muy abiertos. Al detenerse el coche junto a la puerta de la casa, un amigo se acerca presuroso: «¿No sabéis? —dice—. Un toro ha dado una cornada al *Espartero* y lo ha matado». Gran sensación. Todos se tiran precipitadamente del

coche para inquirir detalles. El niño se queda solo en lo alto del pescante, y al verse allí abandonado se formula la primera interrogación de su vida. ¿Qué ha pasado? «Un toro ha matado al *Espartero*». «Un toro ha matado al *Espartero*», oye repetir. Y no lo entiende. Sabe sólo que le han dejado allí en lo alto del pescante con aquel caballito cansado, que agita lentamente la cola y de tiempo en tiempo hiere el empedrado con el hierro de su pezuña. Va haciéndose de noche. La gente, emocionada, forma corrillos en las aceras. El padre de Juan se ha acercado a uno de aquellos grupos que cuchichean. Ocho o diez hombres leen trabajosamente un papel debajo de un mechero de gas que el farolero, con su palo largo, acaba de encender. Las mujeres forman corros también a las puertas de las casas. Y nadie se acuerda del niño que se ha quedado solo allá, en lo alto del pescante. «Un toro ha matado al *Espartero*». Juan, asustado, mira a su alrededor. La calle se ha puesto rara, triste. El niño percibe desde su atalaya la sensación que la muerte del *Espartero* ha causado en la calle, y sin saber por qué se acongoja. Le entran ganas de llorar y al final llora. ¡Un toro ha matado al *Espartero*!

Esta primera sensación de la vida de Juan parece auténtica. A reafirmarla y vestirla viene luego el pomposo espectáculo funeral con que Sevilla señaló la muerte del torero. Tras la pompa del entierro vinieron los tanguillos tristes que lo evocaban:

Cuatro caballos llevaba
el coche del *Espartero*...

Y los pasodobles elegíacos:

Manuel García, el *Espartero*,
el que fue rey de los toreros...

La infancia de Juan está presidida por este culto popular a la muerte heroica del torero. Es el acontecimiento más importante de su niñez. Años después, cuando Juan se da ya cuenta de todo, siguen cantando aquella muerte gloriosa los corros de niñas que se forman al caer la tarde en el fondo de las plazuelas solitarias.